

Entre la revolución y la reforma

LAS REVOLUCIONES MUEREN

Si algo enseña el siglo XX es que ninguna revolución es eterna. Las revoluciones son movimientos colectivos que deben su vitalidad a eso que Emmanuel Kant, en su *Filosofía de la historia*, llamaba el *entusiasmo* o participación moral de las masas en el cambio político.¹ Una vez que el *entusiasmo* se apaga, dando paso a una relajación muy similar al alivio de la fiebre, las revoluciones apenas sobreviven, como fantasmas o símbolos de un pasado todavía visible, en la retórica de las élites del poder.

Un territorio donde percibir esa finitud de las revoluciones es, como recomendaba Pierre Klossowski, el lenguaje. Los usos de la palabra *revolución* varían entre una experiencia revolucionaria y otra. El tiempo que dura el significado colectivo de esa palabra corresponde al propio tiempo de vida de la revolución. Cuando la palabra se desvanece en el lenguaje político y queda, como colgada en el aire, sin gravitar directamente hacia la mentalidad del pueblo y las élites, entonces el evento revolucionario ha llegado a su fin.

En Francia, por ejemplo, a partir del 9 *termidor* de 1794 la palabra *revolución* perderá una buena dosis de la peligrosidad y el sentido destructivo que poseía desde 1789. Sieyès, Barras, Reubell y otros liberales del Directorio ya hablan de *La Révolution* como si fuese un exabrupto del pasado y defienden sus valores, pero no sus prácticas. Luego Napoleón I, entre 1799 y 1815, traducirá esos valores en símbolos o emblemas de la hegemonía francesa y disolverá el frenesí legislativo de la República en la legalidad centralista del Imperio.²

¹ EMMANUEL KANT, *Filosofía de la historia*. México: FCE, 1985, p. 107. A partir de esta noción, Jean-Francois Lyotard ha escrito un ensayo formidable: *El entusiasmo. Crítica kantiana de la historia*. Barcelona: Gedisa, 1994.

² JACQUES SOLÉ, *Historia y mito de la Revolución francesa*. México: Siglo XXI, 1989, pp. 227-285.

Este período de casi veinte años, que se inicia con la reacción termidoriana, es considerado, tradicionalmente, dentro del tiempo de la revolución. Pero en la práctica, el nuevo orden ya ha sido creado en el Consulado y, sobre todo, durante el Imperio. Bonaparte logra la institucionalización jurídica y política de las ideas revolucionarias, introduce una nueva racionalidad administrativa, suplanta el *entusiasmo* con el *código*, las *Asambleas* con el *Consejo de Estado*. De ahí que Louis Bergeron hable de la “dictadura napoleónica como un Estado post-revolucionario”.³

Todo depende, claro está, de las nociones de *revolución* que se manejen. En la historiografía francesa, por ejemplo, se distinguen claramente dos tradiciones. Una que va de Jules Michelet a Georges Lefebvre, para la cual la revolución no es más que el lapso en que se destruye el antiguo régimen.⁴ Mientras la otra, que se extiende entre Alexis de Tocqueville y Francois Furet, concibe la experiencia revolucionaria como un concepto de larga duración que abarca no sólo la caída, sino el montaje del nuevo régimen.⁵

Según los primeros, los cinco o seis años que median entre la convocatoria a los Estados Generales y la caída de Robespierre enmarcarían el significado profundo de la palabra *revolución*. Éstos son los años de la fiesta y el terror, cuando se liberan el resentimiento y la utopía: los años de la guerra social. En cambio, para los segundos, *la révolution* encarna ese nuevo tiempo que se levanta sobre el *ancien régime*. Francois Furet llega incluso a sugerir que “toda la historia del siglo XIX francés puede ser considerada como la historia de una lucha entre la Revolución y la Restauración, a través de episodios como 1815, 1830, 1848, 1851, 1870, la Comuna y el 16 de mayo de 1877”.⁶

En esta última perspectiva, la idea de revolución se confunde con la de *modernidad*. Tan largo como el antiguo régimen puede ser, entonces, la época de la revolución. De ahí que, aunque parezca tradicional, nos aferremos a un concepto de revolución más económico, más perecedero, más tangible en el tiempo; quizás, como una estrategia para eludir algo que el propio Furet advertía: el hecho de que “por las mismas razones que se da al Antiguo Régimen un final y no un nacimiento, se le da a la Revolución un nacimiento pero no un final”.⁷

En Rusia, los bolcheviques tenían una idea de revolución muy cercana a la de *rebelión* o *insurrección*. La palabra *revolutsia*, en ruso, es sinónimo de *vosstanie* (insurrección) y *miatezh* (rebelión o levantamiento). De hecho, Lenin, Kamenev, Trotsky, Bujarin, Stalin y otros políticos soviéticos hablaban de dos revoluciones: la de febrero, en la que la dinastía zarista de los Románov fue

³ LOUIS BERGERON, “Napoleón ou l’état post-révolutionnaire” en *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*. Oxford, England: Pergamon Press, 1988, Vol. 2, pp. 437-441.

⁴ GEORGES LEFEBVRE, *1789: Revolución francesa*. Barcelona: Laia, 1982, pp. 33-36.

⁵ FRANCOIS FURET, *Pensar la Revolución francesa*. Barcelona: Ediciones Petrel, 1980, pp. 26-29.

⁶ *Ibid.*, p. 14.

⁷ *Ibid.*, pp. 13-14.

destituida por un Gobierno Provisional que encabezó el socialdemócrata Alexander Kerensky, y la de octubre, cuando la Guardia Roja y los soviets de obreros y campesinos tomaron el Palacio de Invierno. Los dos largos tomos de la *Historia de la Revolución rusa* de Trotsky, por ejemplo, sólo abarcaban esos dos meses de 1917.⁸ El primer tomo se titulaba *Historia de febrero* y el segundo *Historia de octubre*. Varias décadas después, Marc Ferro, en su libro *La Revolución rusa de 1917*, narró la caída del zarismo, a través de una precisa cronología que mediaba entre el 23 de febrero de 1917 y el 5 de enero de 1918.⁹

En marzo de 1917, Lenin había iniciado sus *Cartas desde lejos* con esta frase: “la primera revolución, engendrada por la guerra imperialista mundial, ha estallado. Seguramente, esta primera revolución no será la última”.¹⁰ La estrategia del Partido Bolchevique era aprovechar la movilización política de los *soviets* de obreros, campesinos y soldados, que conformaban su base social, para “radicalizar” la revolución y hacerla transitar de una fase “democrático-burguesa” a otra “socialista-proletaria”. Una vez realizado ese tránsito tendría lugar una segunda revolución, que según los bolcheviques sí sería la última. Este esquema binario, que provocó una animada polémica con Kamenev, fue el eje de la teoría leninista de la “revolución permanente”.¹¹

Trotsky fue el primero en usar esa expresión, cuando, en 1905, habló sobre la posibilidad de un tránsito rápido al socialismo en Rusia, en caso de que el levantamiento obrero se propagara a Alemania y el resto de Europa occidental. Lenin, que se había opuesto a Trotsky en aquel momento, parecía reformular la misma idea en sus *Tesis de abril* de 1917. Luego, en 1924, después de la muerte de Lenin, Trotsky publicó el ensayo *Lecciones de Octubre*, donde retomaba la idea de la “revolución permanente” para criticar la política poco agresiva del Partido hacia Europa. Kámenev y Bujarin le respondieron a Trotsky y, por último, Stalin cerró la polémica con lo que fue la primera formulación de la teoría del “socialismo en un solo país”.¹²

De manera que ya en los últimos meses de 1924 la semántica bolchevique de la palabra *revolución* desaparece dentro de la nueva clase política soviética. Stalin centraliza el poder, le otorga una racionalidad administrativa al Estado, reprime a los *kulaks*, elimina las insinuaciones liberales de la NEP, clausura los espacios de la crítica dentro del Partido y congela los valores de la revolución en el dogma marxista-leninista. La burocracia stalinista reemplazó el nombre de la época revolucionaria con otros términos: dictadura del proletariado, período de construcción del socialismo, era soviética, etc... Y con ese proceso de férrea institucionalización se apagó el entusiasmo. Ya en 1930, recluso en

⁸ LEÓN TROTSKY, *Historia de la Revolución rusa*. Buenos Aires: Editorial Tilcara, 1962, p. 13.

⁹ MARC FERRO, *La Revolución rusa de 1917*. Madrid: Editorial Villalar, 1977, pp. 11-13.

¹⁰ LENIN, *Entre dos revoluciones*. Moscú: Editorial Progreso, 1974, p. 5.

¹¹ *Ibid.*, pp. 57-70.

¹² E. H. CARR, *La Revolución rusa. De Lenin a Stalin, 1917-1929*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, pp. 99-102.

Prinkipo y sufriendo en carne propia la lógica saturnina de las revoluciones, Trotsky comprendería aquella idea kantiana del *entusiasmo*:

El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas en este oficio: monarcas, ministros, burócratas, parlamentarios, periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insoportable para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen.¹³

De modo que, según Trotsky, la revolución es un tiempo *anormal*, una suerte de colapso histórico de las naciones en la historia. Algo semejante proponen los estudios de Bronislaw Baczco sobre la Revolución francesa. La muerte de Robespierre y el ascenso de Napoleón en Francia, así como la muerte de Lenin y el ascenso de Stalin en Rusia, señalan la “puesta en evidencia del envejecimiento prematuro y la fatiga de la revolución”, el “instante en que ella debe reconocer que no cumplirá todas sus promesas” y, sobre todo, el “momento en que sus actores deben proclamar que no quieren recomenzar su historia, ni rehacer su experiencia”.¹⁴

Las revoluciones, dice Baczco, son “bruscos acelerones de la historia”, “incrementos de la velocidad del tiempo”. Por medio de un poderoso simbolismo, ellas crean la ilusión de una nueva era, la ficción de una justicia universal y eterna. De ahí que, como en toda catarsis, el cuerpo social de la revolución envejezca pronto. Al entusiasmo y la utopía sobrevienen, inevitablemente, la erosión y la decadencia. Una decadencia que, según Baczco, se propaga a través de la *usura*, es decir, del aprovechamiento cínico de la reserva simbólica de la revolución por parte de las élites del poder.¹⁵

La fuerza de eso que Lenin llamaba el “esquema bicolor” de Febrero y Octubre, más la brusca ruptura de Stalin con el bolchevismo, hacen que en toda la historia de la Unión Soviética el principio trotskista de la “revolución traicionada” reaparezca una y otra vez. De ahí que siempre que el poder soviético trató de reformarse, sus líderes apelaron al tópico del desvío o la traición de los ideales de Octubre, exaltando la figura de Lenin en contra de la de Stalin.

Jruchov lo intentó en 1956; Gorbachov lo intentaría treinta años después. Jruchov pensó en una *rectificación* o corrección del rumbo; Gorbachov fue más allá: vislumbró una reforma. En tiempos del primero, el entusiasmo del pueblo se había apagado, pero la usura de las élites era cada día más eficaz. En

¹³ LEÓN TROTSKY, *op. cit.*, p 13.

¹⁴ BRONISLAW BACZCO, “L’expérience thermidorienne”, en Colin Lucas (comp.), *The Political Culture of the French Revolution*. Oxford: Balliol College, 1988, pp. 341-370.

¹⁵ *Ibid*, pp. 89-96.

tiempos del segundo, tanto el entusiasmo como la usura se habían desgastado hasta el fondo. Por eso el deshielo (*otepel*) funcionó en los 60; mientras la *perestroika* y la *glasnost*, en los 80, concebidas puerilmente como los dos pilares de una reforma que introduciría el socialismo democrático en Rusia, dieron lugar a otra revolución, tan profunda y sorpresiva como la de Octubre: la revolución contra el comunismo.

En México, la Revolución no fue “bicolor”; aquí no sólo hubo dos revoluciones, sino varias. México, como ha dicho Leslie Byrd Simpson, es siempre “muchos méxicos”. En este sentido, la experiencia mexicana se asemeja más a la francesa que a la rusa. Así como en Francia convivió la revolución de los aristócratas y los notables con la de los burgueses, la de los campesinos y la de los *sans-cullotes*, en México coexistieron la revolución de Madero y la de Zapata, la de Villa y la de Carranza, la de Huerta y la de Obregón, la de Bernardo Reyes y la de los Flores Magón. Y esta coexistencia no sólo es ideológica, sino también espacial y temporal, es decir, la revolución mexicana es un conjunto de pequeñas revoluciones que se dan a lo largo y ancho del territorio de México y que se suceden y reemplazan en el transcurso de varios años.

En el libro de Santiago Portilla, *Una sociedad en armas*, se observa cómo ya en la primavera de 1911 la insurrección contra el Porfiriato, que en sus orígenes se había concentrado en el Norte de México, abarcaba unos 26 estados y el Distrito Federal.¹⁶ Esta propagación también se desata, como un alud, en el tiempo. De ahí que ese efecto *snowball*, del que hablaba Emilio Rabasa, suscite, en algunos autores, la sensación de que el evento revolucionario se extiende desde 1910 hasta la época de Lázaro Cárdenas e, incluso, hasta la revuelta estudiantil de 1968.¹⁷ Es significativo que el último tomo de la *Historia de la Revolución Mexicana*, coordinada por don Luis González en El Colegio de México, termina en 1960.¹⁸

Pero una vez más la duración que el historiador le atribuye al suceso revolucionario se desprende de sus simpatías ideológicas. Adolfo Gilly, por ejemplo, un intelectual cardenista formado en el trotskismo, ve la “esencia” de la Revolución mexicana repartida entre el programa agrario de Emiliano Zapata y un programa nacionalista, insinuado ya en la Constitución de 1917, y luego realizado por Cárdenas con las expropiaciones de los ferrocarriles y las empresas petroleras inglesas y norteamericanas en 1938.¹⁹ De modo que Gilly aplica a México el esquema trotskista, recogido por Isaac Deutscher en su libro *La Revolución inconclusa, 50 años de historia soviética*, y afirma que “la Revolución mexicana..., en ausencia de dirección proletaria y programa obrero,

¹⁶ SANTIAGO PORTILLA, *Una sociedad en armas*. México: El Colegio de México, 1995, pp. 106-110.

¹⁷ Ver la excelente antología de Stanley Ross, *¿Ha muerto la Revolución mexicana?* México: La Red de Jonás, 1978, pp. 125-165.

¹⁸ OLGA PELLICER BRODY Y ESTEBAN L. MANCILLA, *El entendimiento con los Estados Unidos y la gestión del desarrollo estabilizador*. México: El Colegio de México, 1978, pp. 3-4.

¹⁹ ADOLFO GILLY, *La Revolución interrumpida*. México: Ediciones El Caballito, 1971, pp. 347-393.

debió interrumpirse dos veces, en 1919-20 primero, y en 1940 después, sin poder avanzar hacia sus conclusiones socialistas”.²⁰ En cambio, un historiador liberal y demócrata, como Enrique Krauze, ha visto en el interregno maderista de 1911-13 una clara, aunque fugaz, evidencia de las posibilidades democráticas de la Revolución mexicana. Para Krauze, la sobrevida de los valores revolucionarios sólo es concebible como un rescate del proyecto democrático de Madero.

Los primeros decretos de defunción del orden revolucionario mexicano se deben a Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, José E. Iturriaga y José R. Colín. Estos autores señalaban, a fines de los años 40, que la Revolución se había agotado, que sus demandas agrarias, nacionalistas y democráticas, cumplidas o no, ya no constituían una finalidad política e ideológica para las nuevas élites”.²¹ En ese momento ocupaba la presidencia de la República Miguel Alemán, un político de la nueva generación: la de los hijos civiles de los caudillos, la de los llamados “cachorros de la Revolución”. Esta nueva clase política promovió la industrialización proteccionista y el mercado interno, consumó el ensamblaje del Partido (PRI) y el Estado e inició una política exterior conciliatoria con los Estados Unidos. De ahí que, como señala Lorenzo Meyer, en esos años del “milagro mexicano” se verificará la “primera muerte de la Revolución”. Porque la “segunda” tendría lugar en la década de los 80, cuando, después del giro neopopulista de Adolfo López Mateos, Luis Echeverría y José López Portillo, el orden revolucionario acabó de derrumbarse con la estrategia neoliberal de De la Madrid y Salinas.²²

Hasta 1946 México fue gobernado por protagonistas militares de la Revolución. No es de extrañar, entonces, que en ese momento se suscitara el debate sobre la muerte de la Revolución. Pero si entendemos esa muerte a la manera de Baczko, es indudable que la Revolución mexicana dejó de existir mucho antes; tal vez, como señala Gilly, hacia 1919. Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas fueron los constructores del nuevo régimen, los artífices de la institucionalización revolucionaria. Con ellos el *entusiasmo* popular dio paso a la *usura* simbólica de las élites. Es con ellos que, como decía Cosío Villegas, la palabra *revolución* comienza a perder su sentido.²³ Por eso el estudio más completo sobre el México revolucionario, que es el de Alan Knight, se centra en los siete años que median entre el levantamiento de Madero y la Constitución de 1917.²⁴

De manera que también la Revolución mexicana sufre un envejecimiento prematuro. Su entusiasmo se apaga en pocos años. Pero, tal vez, a diferencia de la francesa y la rusa, sus élites han sabido aprovechar la usura simbólica que proporciona el orden revolucionario con mayor eficacia. En México no se interrumpe tanto la Revolución, como su Reforma. Primero, se dan dos saltos en

²⁰ *Ibid.*, p. 398.

²¹ STANLEY ROSS, *op. cit.*, pp. 95-125.

²² LORENZO MEYER, *La segunda muerte de la Revolución mexicana*. México: Cal y Arena, 1992, pp. 7-12.

²³ STANLEY ROSS, *op. cit.*, p. 95.

²⁴ ALAN KNIGHT, *The Mexican Revolution*. Cambridge University Press, 1986, pp. IX-XI.

el itinerario reformista: de Calles a Alemán y de Ruiz Cortines a De la Madrid. Luego, a partir de 1982, se inicia un ciclo reformista de mayor continuidad. Y esa Reforma interrumpida, aún en sus momentos de mayor definición con Salinas y Zedillo, todavía logra recurrir exitosamente a la reserva simbólica de 1917. Se da entonces la paradoja de que ciertas reivindicaciones revolucionarias, como el reparto de tierras y la fundación de nuevos pueblos, se convierten en rituales de una política neoliberal.

El caso de la Revolución cubana presenta, a primera vista, una singularidad: el líder máximo del levantamiento armado contra el antiguo régimen es, al cabo de cuarenta años, el Jefe de Estado del país. Sus colaboradores cercanos, que constituyen la cúpula del poder, han sido renovados parcialmente. Pero las instituciones que sostienen la autoridad del gobierno, esto es, los aparatos ideológicos (el Partido Comunista, el Ministerio de Cultura, el Ministerio de Educación Superior) y los órganos represivos (las Fuerzas Armadas y el Ministerio del Interior) están en manos de hombres que intervinieron en la insurrección y que deben su rango a la lealtad incondicional que le profesan a Fidel Castro (su hermano Raúl, Armando Hart, Abelardo Colomé Ibarra, José Ramón Machado Ventura, Fernando Vecino Alegret...).

Esta persistencia biológica produce la impresión de que el orden revolucionario es todavía joven. Pero cuatro décadas es un tiempo más que suficiente para que se apague el entusiasmo, se desgaste la usura y la Revolución entre en una decadencia irreversible. Piénsese, tan sólo, que de la muerte de Lenin a la de Stalin —el lapso físico del stalinismo— no median más que 30 años y que el estancamiento (*zastoi*), o período de Brezhnev, duró menos de dos décadas. De modo que a pesar de que Fidel Castro, el emblema más visible de la simbología revolucionaria, aún vive, hay razones para pensar que la Revolución cubana dejó de existir hace algún tiempo. Francois Furet ha dicho, con lucidez, que la pasión revolucionaria, como todas las pasiones, es una “conjura pasajera contra las desdichas de la historia”.²⁵

UNA REFORMA NO DESEADA

Si tuviera que señalar el año en que se apaga el *entusiasmo* de la Revolución cubana, elegiría 1968. No sólo porque ese año marca, como ha dicho Jean Baudrillard, una “catarsis final que parece haber agotado toda la energía revolucionaria de Occidente”, sino porque, para Cuba, es el momento de definición entre un socialismo alternativo, nacional y autónomo, y un socialismo dependiente y ortodoxo, adscrito al bloque soviético.²⁶

El 23 de agosto de ese año, en plena *Ofensiva Revolucionaria*, Fidel Castro justificó la intervención soviética en Checoslovaquia con un argumento digno de Maquiavelo. Él aceptaba que la ocupación de Praga era lamentable e ilegal,

²⁵ FRANCOIS FURET, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XIX*. México: FCE, 1995, p. 44.

²⁶ JEAN BAUDRILLARD, *La izquierda divina*. Barcelona: Anagrama, pp. 72-73.

puesto que violaba la soberanía de la República checa y sentaba un precedente peligroso para los países comunistas pequeños. Pero aún así, entendía que la intervención era necesaria para “proteger al socialismo de sus enemigos, los imperialistas”, que se habían “infiltrado” en el Partido Comunista de Checoslovaquia a través de Alexander Dubcek y sus seguidores. Después de dejar claro su apoyo, Fidel le hacía la siguiente pregunta al Pacto de Varsovia: “¿recibirán esa misma protección militar los países socialistas del Tercer Mundo, como Corea, Vietnam y Cuba, si son amenazados por el imperialismo?”²⁷

En aquella pregunta estaba implícito el deseo de que la Guerra Fría se extendiera, con la misma intensidad que demostraba en Europa, al Tercer Mundo, América Latina y Cuba. Y más que en una Guerra Fría, Fidel Castro pensaba en una verdadera conflagración mundial, en la que los soviéticos y los norteamericanos se enfrentaran cara a cara o por medio de sus satélites. Ya en una carta de 1962, durante la crisis de los misiles, Castro le había sugerido a Nikita Jruchov que, llegado el momento, disparara primero. De modo que muy pronto los soviéticos se percataron de que su aliado del Caribe estaba dispuesto a todo y que debían tratarlo con sumo cuidado. Fue así como, a cambio del apoyo a la invasión de Checoslovaquia, Fidel Castro recibió la confirmación de una garantía de auxilio militar, ya contemplada en el pacto Kennedy-Jruchov, y el ofrecimiento de un tratado de comercio preferencial y permanente con la URSS y el CAME, que fue firmado en La Habana por el vicepresidente soviético Vladimir Novikov, a principios de 1969.²⁸

Pero todavía en 1968, el poder cubano no estaba preparado para una inserción total en el bloque soviético. Había divisiones políticas en el interior de la élite, como la que se evidenció en el proceso contra Aníbal Escalante y otros 35 dirigentes históricos del Partido Socialista Popular: el llamado “proceso a la *microfracción*”. Este grupo de marxistas-leninistas ortodoxos intentaba reemplazar el manejo carismático de los asuntos del Estado, que ejercía Fidel Castro, con una dirección racional y planificada, cuyo centro fuera el Partido Comunista. La represión de esta corriente, a fines de 1967, y el envío de una delegación de bajo nivel a las fiestas por el aniversario de la Revolución rusa, en octubre de ese año, fueron mal recibidas por Moscú.²⁹

La alianza definitiva entre Cuba y la URSS también se veía amenazada por la política económica de la *Ofensiva Revolucionaria* (1967-1970), que aunque de inspiración guevarista, tenía muchos rasgos en común con la estrategia del *Gran Salto Adelante* y la *Revolución Cultural* maoístas. En estos años se realizó una estatalización casi absoluta de la economía, se estableció un total financia-

²⁷ CARLOS ALBERTO MONTANER, *Fidel Castro y la Revolución cubana*. Barcelona: Plaza & Janés, 1984, pp. 220-225.

²⁸ VLADISLAV ZUBOK & CONSTANTINE PLESHAKOV, *Inside the Kremlin's Cold War*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1996, pp. 206-207.

²⁹ EDWARD GONZÁLEZ, “Relationship with the Soviet Union”, en Carmelo Mesa-Lago (ed.), *Revolutionary Change in Cuba*. University of Pittsburgh Press, 1971, pp. 93-94.

miento presupuestario y la toma de decisiones se concentró, más que nunca, en la persona de Fidel Castro. A este esquema se agregó el mecanismo de las movilizaciones masivas, que destinaban decenas de miles de trabajadores a una actividad productiva que el gobierno consideraba prioritaria. Ése fue el caso del llamado *Cordón de La Habana*, en el que las zonas de cultivo, cercanas a la ciudad, se poblaron de café y miles de trabajadores, ajenos a la agricultura, fueron acarreados para la siembra y recogida del grano. O el caso, también, de la *Zafra de los Diez Millones*, en 1970, cuando el país quedó prácticamente paralizado, con tal de alcanzar el superobjetivo de los 10 millones de toneladas de azúcar.³⁰

A pesar de que ese acarreo aún era correspondido voluntariamente por una gran mayoría de la población, el origen mismo de la *Ofensiva Revolucionaria* está relacionado con la certeza, por parte de las élites del poder, de que el entusiasmo se estaba apagando. Ernesto *Che* Guevara, lector de Trotsky y admirador de Mao, lo había insinuado en 1965, unos meses antes de abandonar la isla para siempre:

... El Estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se produce, se nota disminución del *entusiasmo* colectivo por efecto de una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que la forman, y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a magnitudes insignificantes; es el instante de *rectificar*.³¹

Al parecer se refería a la llamada “crisis del sectarismo”, en 1962, cuando Fidel Castro le asestó el primer golpe frontal a Aníbal Escalante y otros líderes del Partido Socialista Popular. Pero es probable que hubiera también una alusión crítica al predominio que, todavía en 1965, ejercía la tendencia pro-soviética a la planificación central —encabezada por Carlos Rafael Rodríguez— en la política económica de la isla.³² Fue esta crítica del *Che* Guevara al modelo soviético la que, unida al efecto simbólico que generó su muerte en 1967, le sirvió de argumento básico a Fidel Castro para instrumentar la *Ofensiva Revolucionaria*. La compulsión moral, el desentendimiento de las leyes del mercado, la utopía de que el *hombre nuevo* podría alcanzarse —gracias a la genética comunista— en menos de tres generaciones, el acarreo, la satanización del dinero, la vigilancia contra el “diversionismo ideológico” fueron, entonces, instrumentos destinados a provocar una reanimación del entusiasmo, por la vía de un énfasis retórico en el carácter nacional, independiente y alternativo del socialismo cubano.

En aquel momento, Fidel Castro ya comprendía que el ingreso de la isla al bloque soviético implicaba la institucionalización del país, y que esto no era más que el principio del fin del espíritu revolucionario. Pero si bien no es hasta

³⁰ CARMELO MESA-LAGO, *Breve historia económica de la Cuba socialista*. Madrid: Alianza Editorial, 1994, pp. 60-81.

³¹ ERNESTO *CHE* GUEVARA, *El socialismo y el hombre en Cuba*. México: Grijalbo, 1971, p. 106.

³² CARMELO MESA-LAGO, *op. cit.*, pp. 26-42.

1971 que comienza la plena introducción del sistema soviético en Cuba, ya desde 1967 se va dando una alineación, en materia política, con los virtuales aliados del campo socialista. En ese año se cierra el animado debate público sobre las estrategias económicas a seguir, que desde 1964 sostenían Carlos Rafael Rodríguez, Ernesto *Che* Guevara y algunos teóricos marxistas extranjeros, como Charles Bettelheim y René Dumont.³³ También a finales de 1967, se acrecienta la polémica intelectual en torno a la obra de Guillermo Cabrera Infante que provoca la remoción del primer grupo de redactores de *El Caimán Barbudo*, en enero de 1968. Luego vendrían los ataques a Heberto Padilla, Antón Arrufat, César López, José Lorenzo Fuentes, Virgilio Piñera, José Rodríguez Feo y otros intelectuales desde el periódico *Juventud Rebelde* y desde la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), creándose, así, un fuerte clima de intolerancia estética e ideológica.³⁴

De manera que cuando en 1971 la Seguridad del Estado encarcela a Padilla, el Partido Comunista clausura *Pensamiento Crítico* —una creativa publicación de teoría marxista— y el Congreso Nacional de Educación y Cultura decreta un asfixiante dogmatismo filosófico e impone un código de moral comunista-conservadora, el poder no hacía más que consumir una tendencia que ya estaba esbozada desde 1968.³⁵ Este período de dos o tres años (1968-71), en que se pierde la posibilidad de un pluralismo dentro de las élites políticas e intelectuales del nuevo régimen, corresponde a la génesis del bonapartismo en Francia y del stalinismo en Rusia. Son los años en que el *entusiasmo* es sustituido por una gigantesca red de instituciones que está dominada, centralmente, por la figura del caudillo, y cuya misión primordial no es otra que hacer funcionar la maquinaria simbólica de la *usura*.

Una “revolución total”, dice Samuel P. Huntington, “no sólo es el estallido de la participación política”, sino también “la creación e institucionalización de un nuevo orden político”.³⁶ Al menos, en Occidente, todas las revoluciones han contemplado esas dos fases: la destrucción del antiguo régimen y la construcción del nuevo. Pero, como advierte Huntington, no todos los revolucionarios han incluido esos dos momentos en el significado de la palabra *revolución*. Los bolcheviques rusos, por ejemplo, hablaban de la revolución para referirse al asalto del Palacio de Invierno o a la toma del poder, es decir, a la insurrección. En cambio, en Cuba, al igual que en México, ha predominado una idea revolucionaria de *longue durée*.³⁷ Ya a finales del siglo XIX, José Martí

³³ CARMELO MESA-LAGO, *op. cit.*, pp. 43-59.

³⁴ LOURDES CASAL, “Literature and Society”, en Carmelo Mesa-Lago, *Revolutionary Change in Cuba*. University of Pittsburgh Press, 1971, pp. 458-464.

³⁵ LOURDES CASAL, *El caso Padilla: literatura y Revolución en Cuba*. Miami: Ediciones Universal, 1971, pp. 5-10.

³⁶ SAMUEL O. HUNTINGTON, *El orden político en las sociedades en cambio*. Buenos Aires: Paidós, 1970, pp. 237-239.

³⁷ SAVERIO TUTTINO, *Breve historia de la revolución cubana*. México: Era, 1966, pp. 191-192.

distinguía claramente la “guerra de independencia”, que acabaría con el orden colonial español, del cambio social y político que vendría después: “revolución es la que vamos a hacer en la república” –decía. Es este sentido de “revolución plena”, al decir de Huntington, el que heredan los revolucionarios cubanos de 1959.

De modo que la *usura* simbólica se propone, en primer término, presentar la institucionalización del país como si el espíritu revolucionario no muriera con ella, como si el *entusiasmo* fuera eterno. Entre 1971 y 1976 en Cuba se formaliza un sistema radial de aparatos políticos que parten del centro de poder del Estado y se extienden, como tentáculos, atravesando toda la esfera civil. Este sistema de corporaciones estatales, cuya irradiación ha descrito admirablemente Jorge I. Domínguez, consume el cambio social y la movilidad política desatadas por la Revolución y crea una nueva jerarquía o pirámide, que establece sus niveles a partir de los rangos burocráticos del poder.³⁸ De manera que si la primera generación de la clase política cubana provenía de la épica insurreccional (Fidel y Raúl Castro, Carlos Rafael Rodríguez, Haydée Santamaría, Ernesto *Che* Guevara, Armando Hart...), ya la segunda y tercera generaciones provendrán de la nueva racionalidad burocrática (Carlos Aldana, Humberto Pérez, Carlos Lage, Roberto Robaina, José Luis Rodríguez, Abel Prieto...). Los primeros son hijos del *entusiasmo*; los segundos, hijos de la *usura*.

Sin embargo, las polémicas económicas y culturales de la década del 60 le fueron muy útiles a Fidel Castro y sus colaboradores después de la institucionalización. En aquellos debates se perfilaron dos líneas más o menos claras dentro del poder revolucionario. De un lado estaban los partidarios de una alianza total con la URSS, asociados a los comunistas profesionales del PSP (Carlos Rafael Rodríguez, Blas Roca, Edith García Buchaca, José Antonio Portuondo...), que promovían el modelo del cálculo económico, la creación de un sistema institucional que subordinara todas las organizaciones políticas al Partido, el adoctrinamiento marxista-leninista y el cierre de la opinión por medio de un absoluto control ideológico desde el Estado. Del otro estaban, en una alianza más bien táctica, los nacional-fidelistas del Movimiento 26 de Julio y los marxistas heterodoxos (Ernesto *Che* Guevara, Armando Hart, Haydée Santamaría, Alfredo Guevara...), quienes abogaban por una economía moral, un esquema político participativo, una dirección carismática, un pacto relativo y distante con la URSS, una mayor presencia en América Latina y el Tercer Mundo, cierto clima de crítica dentro del poder y una educación donde pudieran confluír los legados de Marx y Martí, de Lenin y Fidel.

En los años 70 y 80, cada una de estas escuelas había creado sus propios discípulos. Los “dogmáticos” crecieron con una nueva generación de cuadros profesionales del Partido y las Fuerzas Armadas, muchos de los cuales habían sido instruidos políticamente en los centros superiores del PCUS (Luis Pavón, Antonio Pérez Herrero, José Luis Llanuza, Humberto Pérez, Carlos Aldana...).

³⁸ JORGE I. DOMÍNGUEZ, *op. cit.*, pp. 233-243.

Por su lado, los “liberales”, al margen de las instituciones duras del poder, tuvieron menos suerte y, más que promover un relevo político, se atribuyeron el rol de “mecenas” o protectores de una nueva generación de intelectuales inquietos (Antonio Benítez Rojo, Jesús Díaz, Luis Rogelio Nogueras, Norberto Fuentes, Fernando Martínez, Aurelio Alonso...) Esta genealogía binaria, dentro de la élite del poder, favoreció el énfasis simbólico que pone la *usura* en la conservación de la herencia revolucionaria.

En la primera mitad de los años 70, cuando las redes políticas del Partido y el Gobierno aún estaban fundidas, los “dogmáticos” acapararon el poder. Pero a partir de 1976, con la creación de la Asamblea Nacional, el Consejo de Estado y el Consejo de Ministros se produjo una mínima descentralización que permitió un acomodo más equilibrado de las élites. Como describe Jorge I. Domínguez, esta separación del Partido y el Gobierno permitió una mayor representatividad de las lealtades creadas dentro de la clase política cubana.³⁹ Es sumamente perceptible cómo Fidel Castro colocó a políticos fieles, del ala “liberal”, en la cúpula de los nuevos Ministerios, mientras que la dirección profesional del Partido quedaba en manos de dirigentes más bien doctrinarios, cuya lealtad, en algunos casos, era a la organización partidista antes que al Comandante en Jefe. Sólo que Fidel, más político que todos sus subordinados, no dejó descuidada esa zona de posibles disidencias y, a través de Raúl Castro y el sector político de las Fuerzas Armadas, mantuvo siempre un control indirecto sobre la vida doméstica del Partido.

Esta polarización entre “ortodoxos” y “guevaristas”, “dogmáticos” y “liberales”, “duros” y “reformistas”, a veces más ficticia que real, le ha servido a las élites del poder para ejercer la usura simbólica de la Revolución. Por medio de una política pendular, que describe con precisión Carmelo Mesa-Lago, el gobierno cubano se ha desplazado del modelo guevarista al modelo soviético, entre 1967 y 1971, y luego, nuevamente, del modelo soviético al modelo guevarista, entre 1985 y 1992.⁴⁰ El llamado proceso de *Rectificación de errores y tendencias negativas*, iniciado en 1986 no fue más que otra versión de la *Ofensiva Revolucionaria* de 1968: un intento por reanimar el entusiasmo, luego de que el peso de la racionalidad instrumental del modelo soviético volvió tediosa, a los ojos de la clase política, el mecanismo de la usura. Gracias a esta lógica pendular y suplantando una *rectificación* con otra, las élites revolucionarias han logrado sobrevivir al agotamiento del entusiasmo de las masas.

Como Jruchov y Gorbachov, en tiempos del deshielo y en los primeros años de la *perestroika*, Fidel Castro, hasta 1992, nunca se propuso una reforma del orden revolucionario, sino que orquestó sucesivas rectificaciones o correcciones del rumbo. El principio de la rectificación, al igual que en la Unión Soviética, estaba asegurado por las reservas míticas del pasado. Jruchov y Gorbachov

³⁹ JORGE I. DOMÍNGUEZ, *Cuba. Order and Revolution*. The Belknap Press of Harvard University Press, 1978, pp. 233-243.

⁴⁰ CARMELO MESA-LAGO, *op. cit.*, pp. 16-17.

chov podían esgrimir la figura de Lenin contra la de Stalin. En cambio, Fidel no sólo podía esgrimir también la figura de Lenin contra la del propio Gorbachov, sino que podía capitalizar, además, la figura del *Che* Guevara como símbolo de la resistencia al modelo soviético. El doble registro de la cultura política revolucionaria, es decir, su lado *pro* y su lado *antisoviético* le permitían eso y mucho más: le permitían, como hizo en 1992, presentar a la ex-Unión Soviética como aliada de los Estados Unidos en un plan macabro para destruir la Revolución cubana. Al calor de esa exaltación paranoide, salió de sus labios el nefasto grito de ¡Socialismo o Muerte!

Sin embargo, por debajo de aquella retórica tan triunfalista como apocalíptica, las élites de la isla se percataban de que la estrategia pendular llegaba a su fin, de que después de 1992 sería muy difícil jugar a las escondidas con el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética). Fue entonces cuando el tiempo de la reforma se les vino encima. Todos los cambios que han tenido que conceder desde ese momento (el del texto constitucional, el de los mercados agropecuarios, el de las inversiones extranjeras, el del fomento del turismo, el de la política fiscal, el de los trabajos por cuenta propia y otros que vendrán) han sido “impuestos por las circunstancias”, como puerilmente afirma el propio discurso oficial. La desaparición de la URSS y del campo socialista ha sido para esas élites, ya recompuestas y renovadas, una mala jugada de la historia, un accidente, una desgracia imprevista que las obliga a tomar medidas emergentes, con la esperanza de que la maldición sea pasajera y que todo vuelva a su sitio más temprano que tarde.

El hecho de que la reforma no sea públicamente deseada, aunque, quizás, en secreto, la nueva burocracia empresarial rece por ella todos los días, es el pecado original de los reformistas cubanos. Más allá de las medidas que toma el gobierno, no se percibe una verdadera voluntad de cambio, una filosofía de la transición. Ni siquiera la *nomenklatura* actual de la isla ha dejado clara su posición frente al stalinismo, el estancamiento y la herencia autoritaria del sistema soviético. Su inconformidad parece dirigirse, más bien, contra la *perestroika* y los procesos democratizadores de Europa del Este. Esta ausencia de un verdadero discurso de la reforma, coloca al poder cubano bajo sospecha de complacencia o condescendencia nostálgica para con el antiguo régimen comunista. Lo que equivale a una alineación en el ala conservadora de la geografía política actual, es decir, en las antípodas de la izquierda democrática de hoy.

Huntington ha dicho, con lucidez, que el camino de la reforma es más difícil que el de la revolución:

Los problemas del reformista son más complicados que los del revolucionario, en tres aspectos. En primer lugar, entabla por fuerza una guerra en dos frentes: contra los conservadores y contra los revolucionarios. Para triunfar es posible que tenga que luchar en muchos frentes con muchos participantes, y que sus enemigos en uno de tales frentes sean sus aliados en otro. El revolucionario tiene por objetivo polarizar la política, por lo cual intenta simplificar, dramatizar y amalgamar los problemas políticos en una sola dicotomía definida entre las

fuerzas del “progreso” y las de la “reacción”. Trata de acumular divisiones, en tanto que el reformador tiene que diversificarlas y disociarlas. El revolucionario estimula la rigidez en política; el reformador, la fluidez y adaptabilidad. Aquél tiene que poder dicotomizar las fuerzas sociales, éste debe estar en condiciones de manipularlas. Necesita, pues, un tipo mucho más elevado de *habilidad política* que el revolucionario... No sólo debe ser más diestro que el revolucionario en la manipulación de las fuerzas sociales, sino, además, poseer más refinamiento en lo referente al dominio del cambio social. Apunta hacia algún cambio, pero no un cambio total, sino gradual y no convulsivo... Por consiguiente el reformador tiene que equilibrar los cambios de la estructura socioeconómica con los que realice en el sistema político, y hacerlos coincidir de tal manera, que ninguno de ellos resulte perjudicado.⁴¹

Una vez que ha sido racionalmente elegida la opción de la reforma, al parecer, se abren dos estrategias posibles: la primera es la de una transformación profunda del sistema, que anuncia desde un principio su alcance, siguiendo un enfoque “raigal” o de *blitzkrieg*; la segunda es una estrategia que oculta su finalidad, opera por pasos, separando la reforma económica de la política y respetando un esquema acumulativo, de cambio “ramificado” o “fabiano”.⁴² Las políticas de Walesa, Havel y Yeltsin serían representativas de la primera estrategia; las de Dubcek, Deng Xiaoping y Gorbachov ejemplificarían la segunda. Éstos buscan reformar el sistema manteniendo intacta la cúpula del poder; aquéllos ponen en peligro su propia autoridad desde el instante en que promueven un reordenamiento total de la pirámide política.

Se ha vuelto común escuchar que el gobierno cubano está interesado en seguir esa segunda estrategia, que Huntington llama “del pie metido en la puerta”. Los propios dirigentes de la isla declaran esta intención a través de la simpatía que le profesan al modelo chino. Sin embargo –más allá de las grandes diferencias morales y culturales entre un país y otro–, es demostrable, como advierte Mesa-Lago, que ni siquiera una reforma a la china se está aplicando en Cuba. Los dos motores de la reforma china son las pequeñas empresas privadas, familiares o contractuales, en la agricultura y los servicios, y Hong Kong, un enclave donde se trasciende el esquema mixto de la llamada “economía socialista de mercado” –que no es otra cosa que el viejo modelo socialdemócrata del “capitalismo de Estado”– por medio de la inversión extranjera directa. Cuba carece de ambos motores: del primero, porque las élites saben que si autorizan la contratación libre, el mercado de trabajo y la propiedad privada nacional muy pronto aparecerán los actores políticos que le disputen el poder; y del segundo, porque, para los cubanos, lo más parecido a Hong Kong es Miami y el gobierno de Fidel Castro está muy lejos de pretender un pacto con el exilio.⁴³

⁴¹ SAMUEL P. HUNTINGTON, *op. cit.*, pp. 303-304.

⁴² *Ibid.*, p. 305.

⁴³ CARMELO MESA-LAGO, *op. cit.*, pp. 194-198.

Así, lo que se pone en duda no es qué estrategia de reforma parece adoptar el poder de la isla, sino su verdadera voluntad de cambio. El secreto, y no la transparencia, sigue siendo el principio básico de la política cubana actual. Y no es que sea así porque Fidel Castro y sus colaboradores se propongan, en términos de Huntington, “ocultar una finalidad reformista”. Es así porque el objetivo de las medidas que tímidamente ha tomado el gobierno de La Habana, desde 1993, es la conservación del régimen hasta lo que dé, la supervivencia del orden totalitario en el mayor tiempo posible. De modo que la época de la *Reforma* llegó para Cuba hace cinco, diez o quince años, pero el poder de la isla se resiste a entrar en ella, tratando de alargar la vida de la *Revolución*. Sólo que el poder ignora, o simula ignorar, que esa *Revolución* ya no existe, que su propia resistencia al cambio la colapsó antes de que pudiera reformarse. Por eso Cuba parece vivir en una tierra de nadie, en un tiempo muerto, entre la *Revolución* que fue y la *Reforma* que todavía no es. Y ese limbo puede ser extremadamente peligroso, porque la historia reciente indica que como únicamente se sale de ahí es por medio de otra *Revolución*.

México D. F., invierno de 1997.

